Sede Apostólica
Santo Padre
Benedicto XVI

Discurso

Encuentro con el clero
de la Diócesis de Roma 2005

Encuentro con el clero de la Diócesis de Roma 2005

13 de mayo de 2005

Discurso inaugural

Queridos sacerdotes y diáconos, que prestáis vuestro servicio pastoral a la Diócesis de Roma:

Me alegra encontrarme con vosotros al comienzo de mi ministerio de obispo de esta Iglesia, «*que preside en el amor*». Saludo con afecto al cardenal vicario, al que agradezco las amables palabras que me ha dirigido, al vicegerente y a los obispos auxiliares. Os saludo cordialmente a cada uno de vosotros, y deseo expresaros desde este primer encuentro mi gratitud por vuestro trabajo diario en la viña del Señor.

La extraordinaria experiencia de fe que vivimos con ocasión de la muerte de nuestro amadísimo papa Juan Pablo II nos mostró una Iglesia de Roma profundamente unida, llena de vida y de fervor: todo esto es también fruto de vuestra oración y de vuestro apostolado. Así, en la humilde adhesión a Cristo, único

en hacernos eco y ser portavoces de una sola ”Palabra”, que es el Verbo de Dios hecho carne por nuestra salvación.

Por tanto, valen también para nosotros las palabras de Jesús: «*Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado*» (Jn 7,16). Queridos sacerdotes de Roma, el Señor nos llama amigos, nos hace amigos suyos, confía en nosotros, nos encomienda su cuerpo en la Eucaristía, nos encomienda su Iglesia. Así pues, debemos ser en verdad sus amigos, tener sus mismos sentimientos, querer lo que él quiere y no querer lo que él no quiere. Jesús mismo nos dice: «*Si me amáis, guardaréis mis mandamientos*» (Jn 15,14). Este debe ser nuestro propósito común: hacer todos juntos su santa voluntad, en la que está nuestra libertad y nuestra alegría.

Al tener su raíz en Cristo, el sacerdocio es, por su misma naturaleza, en la Iglesia y para la Iglesia. En efecto, la fe cristiana no es algo puramente espiritual e interior, y nuestra relación con Cristo no es sólo subjetiva y privada. Al contrario, es una relación totalmente concreta y eclesial. A su vez, el sacerdocio ministerial tiene una relación constitutiva con el cuerpo de Cristo, en su doble e inseparable dimensión de Eucaristía e Iglesia, de cuerpo eucarístico y cuerpo eclesial. Por eso, nuestro ministerio es *amoris officium* (san Agustín, *In Ioannis evangelium tractatus*, 123, 5), es el oficio del buen pastor, que da su vida por las ovejas (cf. Jn 10,14-15).

En el misterio eucarístico, Cristo se entrega siempre de nuevo, y precisamente en la Eucaristía aprendemos el amor de Cristo y, por consiguiente, el amor a la Iglesia. Así pues, repito con vosotros, queridos hermanos en el sacerdocio, las inolvidables palabras de Juan Pablo II: «*La santa misa es, de modo absoluto, el centro de mi vida y de toda mi jornada*» (Discurso con ocasión del trigésimo aniversario del decreto *Presbyterorum ordinis*, 27-10-1995, 4: *L'Osservatore Romano*, edición en español, 3-11-1995, 6). Y cada uno de nosotros puede repetir estas palabras como si fueran suyas: «*La santa misa es, de modo absoluto, el centro de mi vida y de toda mi jornada*».

Del mismo modo, la obediencia a Cristo, que corrige la desobediencia de Adán, se concreta en la obediencia eclesial, que para el sacerdote, en la práctica diaria, es ante todo obediencia a su obispo. Pero en la Iglesia la obediencia no es algo formal: es obediencia a aquel que, a su vez, es obediente y

Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos» (1Co 9,16-22). Estas palabras, que son el autorretrato del apóstol, nos presentan también el retrato de todo sacerdote. Este «*hacerse todo a todos*» se manifiesta en la cercanía diaria, en la atención a toda persona y familia: al respecto, vosotros, sacerdotes de Roma, tenéis una gran tradición —lo digo con profunda convicción—, y la estáis honrando también hoy, que la ciudad se ha extendido tanto y ha cambiado profundamente. Como bien sabéis, es decisivo que la cercanía y la atención a todos se realicen siempre en nombre de Cristo y tiendan constantemente a llevar a él.

Naturalmente, para cada uno de vosotros, de nosotros, esta cercanía y esta entrega tienen un coste personal: significan tiempo, preocupaciones, gasto de energías. Conozco vuestro trabajo diario, y quiero daros las gracias de parte del Señor. Pero también quisiera ayudaros, en la medida de mis posibilidades, a no ceder ante este trabajo. Para poder resistir y, más aún, para crecer, como personas y como sacerdotes, es fundamental ante todo la comunión íntima con Cristo, cuyo alimento era hacer la voluntad del Padre (cf. Jn 4,34): todo lo que hacemos, lo hacemos en comunión con él, y así recobramos siempre de nuevo la unidad de nuestra vida entre tantas dispersiones, favorecidas por las diversas ocupaciones de cada día.

Del Señor Jesucristo, que se sacrificó a sí mismo para hacer la voluntad del Padre, aprendemos además el arte de la ascesis sacerdotal, que también hoy es necesaria: no hay que situarla junto a la acción pastoral, como un fardo añadido que hace aún más pesada nuestra jornada. Al contrario, en la acción misma debemos aprender a superarnos, a dejar y dar nuestra vida.

Pero, para que todo eso se realice realmente en nosotros, para que realmente nuestra acción sea en sí misma nuestra ascesis y nuestra entrega, para que todo eso no se quede sólo en un deseo, necesitamos sin duda momentos para recuperar nuestras energías, también físicas, y, sobre todo, para orar y meditar, volviendo a entrar en nuestra interioridad y encontrando dentro de nosotros al Señor. Por eso, el tiempo para estar en presencia de Dios en la oración es una verdadera prioridad pastoral; no es algo añadido al trabajo pastoral; estar en presencia del Señor es una prioridad pastoral: en definitiva, la más importante. Nos lo mostró del modo más concreto y luminoso Juan Pablo II en todas las circunstancias de su vida y

Cristo y con la Virgen se alimentan la serenidad y la confianza que todos necesitamos, tanto para el trabajo apostólico como para nuestra existencia personal.

Queridos sacerdotes y diáconos, estas son algunas consideraciones que deseaba proponer a vuestra atención. Ahora, antes de daros la palabra a vosotros, para vuestras preguntas y reflexiones, quiero anunciar también una noticia muy alegre. Tenemos una comunicación que ha llegado hoy. La escribe el cardenal Saraiva Martins, prefecto de la Congregación para las causas de los santos, juntamente con su excelencia Nowak, secretario de la misma Congregación.

«*A petición del eminentísimo y reverendísimo señor cardenal Camillo Ruini, vicario general de Su Santidad para la Diócesis de Roma, el Sumo Pontífice Benedicto XVI, teniendo en cuenta las peculiares circunstancias expuestas, en la audiencia concedida al mismo cardenal vicario general el día 28-4-2005, ha dispensado del tiempo de cinco años de espera después de la muerte del siervo de Dios Juan Pablo II (Karol Wojtyla), Sumo Pontífice, de modo que la causa de beatificación y canonización del mismo siervo de Dios pueda comenzar enseguida.*

No obstante cualquier cosa en contrario.

Dado en Roma, en la sede de esta Congregación para las causas de los santos, el día 9 del mes de mayo del año del Señor 2005. (Fdo.: cardenal José Saraiva Martins, Prefecto. Edward Nowak, Arzobispo titular de Luni, Secretario)».

Discurso improvisado tras las intervenciones

Al final, sólo puedo dar las gracias por la riqueza y la profundidad de estas aportaciones, en las que se refleja un presbiterio lleno de entusiasmo, de amor a Cristo y de amor a la grey que nos ha sido encomendada, de amor a los pobres. Y no sólo de la ciudad de Roma, sino realmente de la Iglesia universal, de todos nuestros hermanos. Gracias también por el afecto que me habéis expresado, que

histórico, en todas estas circunstancias que conocemos, la presencia de los demás continentes. Me parece que en este momento tenemos una responsabilidad particular con respecto a África, a América Latina y Asia, donde el cristianismo —con excepción de Filipinas— se encuentra aún en gran minoría, aunque crece con fuerza en la India y se presenta como una fuerza del futuro.

Así pues, pensemos también precisamente en esta responsabilidad. África es un continente de grandísimas potencialidades, de grandísima generosidad por parte de la gente, con una fe viva que impresiona. Pero debemos confesar que Europa no sólo ha exportado la fe en Cristo, sino también todos los vicios del viejo continente. Ha exportado el sentido de la corrupción, ha exportado la violencia, que ahora está devastando África. Y debemos reconocer nuestra responsabilidad de hacer que la exportación de la fe, que responde a la espera íntima de todo ser humano, sea más fuerte que la exportación de los vicios de Europa. Me parece que esta es una gran responsabilidad.

Aún se realiza comercio de armas. Se explotan los tesoros de esa tierra. Por eso los cristianos debemos hacer todo lo posible para que llegue la fe y con la fe la fuerza para resistir a esos vicios y reconstruir un África cristiana, que sea un África feliz, un gran continente del nuevo humanismo.

Se ha hablado asimismo de que, por una parte, existe la necesidad de anunciar, hablar, pero también de escuchar. Y me parece que esto es importante, en dos sentidos. Por una parte, el sacerdote, el diácono, el catequista, el religioso, la religiosa, deben anunciar, ser testigos. Pero, precisamente por esto deben escuchar, en dos sentidos: por una parte, con el alma abierta a Cristo, escuchando interiormente su palabra, a fin de asimilarla de modo que transforme y forme mi ser; y, por otra, escuchando a la humanidad de hoy, al prójimo, al hombre de mi parroquia, al hombre con respecto al cual yo tengo cierta responsabilidad. Naturalmente, al escuchar al mundo de hoy, que existe también en nosotros, escuchamos todos los problemas, todas las dificultades que se oponen a la fe. Y debemos ser capaces de tomar en serio esos problemas.

San Pedro, primer obispo de Roma, en su primera carta dice que los cristianos debemos estar dispuestos a dar razón de nuestra fe. Esto supone que nosotros mismos hemos comprendido la razón de la fe, hemos ”digerido” en realidad, también racionalmente, con el corazón, con la sabiduría del corazón,

que la esencia del cristianismo no es una idea, sino una Persona. Grandes teólogos habían intentado describir las ideas esenciales constitutivas del cristianismo. Pero el cristianismo que habían delineado, al final resultaba algo poco convincente. Porque el cristianismo es, en primer lugar, un Acontecimiento, una Persona. Y en la Persona encontramos luego la riqueza de los contenidos.

Esto es importante.

Me parece que aquí hallamos también una respuesta a una dificultad que se escucha a menudo hoy sobre la dimensión misionera de la Iglesia. Muchos señalan la tentación de pensar con respecto a los demás de esta manera: «*Pero, ¿por qué no los dejamos en paz? Tienen su autenticidad, su verdad. Nosotros tenemos la nuestra. Por tanto, convivamos pacíficamente, dejando a cada uno como es, para que busque del mejor modo posible su autenticidad*».

Pero, ¿cómo podemos encontrar nuestra autenticidad si realmente en lo más profundo de nuestro corazón existe la expectativa de Jesús, y la verdadera autenticidad de cada uno se encuentra precisamente en la comunión con Cristo, y no sin Cristo? Dicho de otra manera: si nosotros hemos encontrado al Señor y si él es la luz y la alegría de nuestra vida, ¿estamos seguros de que a quien no ha encontrado a Cristo no le falta algo esencial y de que no tenemos el deber de ofrecerle esa realidad esencial?

Luego, dejemos al Espíritu Santo y a la libertad de cada uno lo que suceda. Pero, si estamos convencidos y tenemos la experiencia de que sin Cristo la vida es incompleta, de que falta algo, la realidad fundamental, también debemos estar convencidos de que no cometemos ninguna injusticia contra nadie si le mostramos a Cristo y le ofrecemos la posibilidad de encontrar así también su verdadera autenticidad, la alegría de haber hallado la vida.

Al final, quisiera dar las gracias a todos los miembros del presbiterio y de la comunidad eclesial de Roma, a los párrocos, a los vicepárrocos, a todos los colaboradores en las diversas funciones, a los diáconos, a los catequistas, sobre todo a los religiosos y a las religiosas, que son como el corazón también de la vida eclesial de una diócesis. Gracias por el testimonio que nos han dado.

Sigamos adelante todos juntos, animados por el amor a Cristo. Y así iremos bien.